

# VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

4

SEPTIEMBRE 1942 - BUENOS AIRES

# VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

DIRIGIDA POR  
ANA MARIA CHOUHY AGUIRRE  
Y  
JUAN RODOLFO WILCOCK

4

SEPTIEMBRE 1942 - BUENOS AIRES

## LOS POETAS

ALBERTO PONCE DE LEÓN nació en La Plata en 1919. Estudia Humanidades. Ha publicado en 1941 *Tiempo de Muchachas*.

VICENTE BARBIERI nació en Alberti (Buenos Aires) en 1905. Ha publicado en 1939 *Fábula del Corazón*, en 1940 *Arbol Total*, en 1941 *Corazón del Oeste*, en 1942 *La Columna y el Viento* (En prensa).

PABLO GRINBLAT nació en Buenos Aires en 1917. Es ingeniero civil.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO nació en Buenos Aires en 1919. Es escribano y estudia Derecho. Su primer libro, *Galio Ciego*, fué premiado por la Municipalidad de Buenos Aires. Ha publicado *Romance de Valle Verde*, *La Mano y el Seno*, *El Alegre Ciprés*. Edita las colecciones "Fontefrida" y "Ramo Verde".

BASILIO URIBE nació en Buenos Aires en 1916. Es ingeniero civil. Ha publicado en 1934 *Alba*, en 1936 *Niño*, en 1940 *Primero de los Saímos y de las Humildades*, en 1941 *Libro de Homenaje*. Los poemas que publicamos son de su próximo libro *Año del Amante*.

ROBERTO PAINE nació en Buenos Aires en 1916. Es abogado y prepara el doctorado en leyes. En 1936 publicó un libro de versos: *La llama en el Viento*. Ya tiene terminado un nuevo libro de poemas.

LEÓN BENARÓS nació en la provincia de San Luis en 1915. Es abogado.

ANGEL MAZZEI nació en Buenos Aires en 1920. Es profesor en Letras y estudia Derecho. En 1939 publicó un libro de poemas, *El Molino y el Alba*.

EZRA POUND nació en Hailey, Idaho, en 1885. Estudió en la Universidad de Pennsylvania y en el Hamilton College, y fué durante años profesor de literatura en la Universidad citada y en el Wabash College, Indiana. En 1908 fué a Italia, donde publicó, en Venecia, *A Lume Spento*. Desde ese año hasta 1920 vivió en Londres; desde 1920 hasta 1924 estuvo en París, y después en Rapallo, Italia. Ha escrito varios libros de poemas, una traducción de los sonetos de Guido Cavalcanti, y traducciones y adaptaciones de versos chinos. Su obra máxima consiste en una serie de cantos, que se reúnen en un libro con el título genérico de *Cantos* (sic).

# V E S P E R A L

*ALBERTO PONCE DE LEÓN.*

El día nos trae su rosa de nácar;  
ligeras nubes cubren las violetas;  
un árbol como un arpa  
exhala tristes palomas de seda.

Tú estás allí, con tu aliento, pequeña,  
mirando el césped lleno de guirnaldas;  
de tus delgados ojos, de tus trenzas,  
parte una dulce extensión solitaria.

Trozo de luz envuelto en piel muy triste,  
tu cuerpo, ardiendo, vive  
frente a mis ojos, como una campana.

El día pasea su flor por nuestros ojos;  
la noche cae con sus altos adornos  
y aun estamos sonriendo entre las plantas.

# SON MARINO EN INVIERNO

ALBERTO PONCE DE LEÓN.

Ay, qué lluvia de agosto imperiosa  
sosteniendo las viejas estatuas,  
los marmóreos amores sin hojas,  
en el frío jardín de la escarcha.  
Cómo llueve y pasea pasando  
la más sola tristeza que sopla,  
por la noche, en las ramas del árbol,  
sacudiendo la antigua corona,  
despertando su eterno retrato  
en la sala desierta sin notas.  
Ya el muchacho no cubre los pianos  
con sus puños de joven sonido,  
como en tiempo de ayer y sin años,  
cuando estaba la niña en el sitio  
donde hay sólo una hiedra y un álamo;  
ya tan sólo una hiedra y un nido.  
Y la luna es de viento y de hielo,  
y está el mar, por detrás, como un árbol  
detenido en mitad del Invierno,  
de este Invierno donde ella, llorando,  
se pasea, espectral, por el tiempo,  
por la lluvia cayendo en los años.

¡Ay!, qué orilla de luto glorioso  
donde mueren las olas marinas  
como grandes coronas o tronos  
y hay un pájaro negro que grita:  
 nombra todo lo muerto y absorto,  
vuela luego con alas sin cintas  
a la seca extensión de sus ojos  
que en el mar se consumen y fijan.  
Ella está, más radiante que un lirio,  
sostenida en su aliento de niña,  
en aquella región, en el mismo,  
en la misma ala y luz de su risa,  
sostenida, como antes, por lirios,  
por las alas de flores hundidas.  
Yo recuerdo su aliento de virgen  
virginal como un oro del aire,  
en su boca profunda, sin límites,  
sostenida tal vez por su sangre,  
o por su alma inocente de virgen  
en la sombra rosal de la tarde.  
Y sus ojos azules y tiernos  
respiraban lo azul sin orillas,  
como claros objetos del tiempo,  
y el olor de sus finas pupilas  
largamente cayendo en mi cuerpo  
me acercaba su aliento sin días,  
como un pájaro niño del tiempo  
donde estaba su sangre infinita.  
Yo era lleno a su lado de soles  
—despertaba los soles de cosas—,  
pálido oro su cuerpo de entonces  
en la suave extensión de sus ropas,  
de sus puros cabellos sin orden,  
de sus labios cubiertos con hojas.  
Ella y yo, qué felices adentro  
del Enero radiante de antaño,

en el aro rosál de ese tiempo,  
junto al mar y la luz del Verano,  
respirando sus puros cabellos  
de su rostro infantil como un pájaro  
Ella y yo, qué rodeados de flores  
parecidas a labios o manos,  
por el suave desierto de entonces,  
junto al mar, bajo el aro de un árbol  
en su ropa de tenues colores,  
sostenida en su aliento de raso.  
Y sus ojos tan claros y finos  
respirando la tarde de antaño,  
contemplando el color de los lirios,  
de las nubes celestes con árboles,  
llena toda con hojas de mirtos,  
por el suave desierto del año.  
Sí: ella está bajo el sol de las flores  
y sostiene su aliento, gloriosa,  
por el tibio Verano de entonces,  
la pequeña infantil de las olas. . .

# LA FUENTE MAS PURA

VICENTE BARBIERI.

Después del valle, más allá del signo  
que orienta el nido, en el caer del sueño,  
pasando el fondo oscuro de la piedra,  
andando siempre, más allá del cáliz.

Búscala allí, callado y mensajero:  
Allí será tu fuente, la indudable.

Y tal vez nada sea: aún tu sombra  
te sigue en latitudes de la sangre.  
O quizá el agua canta en tu desvelo  
junto al árbol que sueña sus cristales.

Búscala allí, sereno y mensajero,  
su inicial es de trébol y campanas.

Y no olvides las cosas sin sentido:  
La más dura razón es que delires.

Piénsala más allá de tus asombros  
(quizá tu sueño es fiebre y no mensaje).  
Llámala con la voz de eterna piedra,  
así como tú esperas que te llamen.

Y déjate llevar por sus bajeles  
por ese mar que digo y que suspiro.  
Más allá todavía. Ya sin torres,  
sin puentes, sin corolas, sin presencias.

¡Ay, la más pura fuente, fuente siempre,  
fuente final, que bendita tú eres!

Y tu oficio es buscarla, sin zozobra.  
Limitado y sin límites, seguro.  
Pastor del tallo y de las azucenas,  
alquimista en la greda y en la lágrima.

Allí Narciso, allí sustancia amante,  
en entero perfil movilizado.

Y allí estará la fuente. No la toques.  
Deja que tu desmayo la descubra  
más allá de las hiedras ejemplares,  
con plurales palomas. No la toques.

Pondrás tu pie en el límite sereno  
—patria celeste, verde territorio—,  
y te verás sin mengua y sin raíces:  
¡Y un regresar de pájaros azules!

# UNA LEJANA TRISTEZA

(a N.)

BASILIO URIBE.

## I

Cuándo llegará el eco de esta lejana tristeza,  
Eurídice,  
cuándo tendré mi voz recuperada de causa  
y de descanso,  
cuándo mi voz, de quien me hube apartado  
como un muerto, amor mío,  
cuándo, cuándo,  
Eurídice,  
cuándo te hablaré en los ojos,  
te miraré la boca  
larga de haberme esperado,  
te abriré, Dios mío, una mano  
en silencio,  
hace tanto tiempo que callamos.

Ya ni puedo hablarte, no podré,  
se han caído mis venas  
y todo es tiempo, mírame:  
qué duro es un país sin tu mirada.

Por qué rincón me miras si estoy solo,  
por cuál, amor,  
si estoy solo aquí, en todas partes,  
no llames ya, no llames, no,  
te he llamado sin descanso.

## II

Esperar, amor, cuánto tiempo espero sin mirada,  
y a qué, si estoy perdido,  
si nunca dices: —Te veré,  
si nunca veré tu palma,  
si ya ni puedo, no podré,  
cuánto cansancio, todo cae,  
todo es tiempo,  
trono perdido.

Esperar, si nunca sabrás ya lo que espero,  
si nunca, nunca me oirás,  
estoy lleno de larguísimas miradas  
y todo es un triste silencio, todo,  
y ya ni puedo, no podré,  
esperar, amor,  
oh, mírame:  
es mi desierta esperanza.

## III

Cuándo me darás mi voz, amor mío,  
por que descanse en mí al fin salvada  
de tanto mar pasado, de tanta vicisitud con remedio.  
Ya descansará de mis amigos,  
los dos,

ya volverá por fin de tu sombra  
diciéndome: —Escucha,  
no te perderás tan solo ya  
con tu voz calma y recta  
sobre el pecho.

Pero será cuándo, amor, cuándo  
si tengo ríos caídos por las venas,  
cuándo si tu ojo vuelve y vuelve  
a tanto tiempo ido,  
a tanto otoño sin un árbol,  
a tanto párpado,  
Eurídice, bien mío.

#### IV

Tu sombra todo cerrada,  
oh amor,  
tu dura paz, tu flor de piedra  
en mi ya me han vencido.

Ya he dormido mi voz,  
mis ojos se derraman largamente  
por las horas.  
Oh, si cuidaras tu sombra, amor,  
hasta verme cada aurora  
junto al sueño donde vivo.

Cuídala bien, oh amor, y a mí cuídame, cuídame bien;  
nadie sepa ya los nombres  
que yo puse sobre el mío.

# RENUNCIACION

ANGEL MAZZEI.

Éste es mi escudo y lo quiebro,  
ésta es mi espada ya inerte,  
déjame llorar a solas  
oh viejo amor, manso y débil,  
déjame llorar a solas  
antes de que el día llegue  
y el caballo de la aurora  
surja sobre el río alegre.  
Mucho anduve y nada tengo  
he llamado y nadie viene,  
en vano he puesto en todo  
mi sola ternura siempre.  
El niño que había en mí  
me está mirando sonriente,  
allá, en las opuestas islas,  
en el amor de la muerte.

# CANCIÓN ÚLTIMA

LEÓN BENARÓS.

Ya todo me apresura. Me detienen  
sombras que reconozco. Pero parto,  
malherido de pólenes, heroico,  
aventurándome.

Sabré las deseadas, las temidas  
verdades altas. Los fatales diálogos  
me encontrarán dispuesto. Y de las rosas,  
su fuego oculto.

Quiero exigentes guindos. Denme almendros.  
Quiero perales locos de su albura;  
raíces que a mi pecho se entrelacen,  
para nutrirlas.

¡Ay, si pudiera entretejer arroyos,  
apadrinar sus claros nacimientos,  
infundirles mi canto, gobernarlos  
desde mi sangre!

Caras, recuerdos, cosas, circunstancias,  
de nada me valdrán. Atesoradas  
esencias, todo dejo. Me reclaman  
las hierbas íntimas.

Los infinitos árboles, las plantas,  
su estación fervorosa, su tarea;  
el rostro de la tierra, hacia mí vuelto,  
reconociéndome.

Y que olviden mi nombre. Sólo he sido  
árbol andante, fiel reminiscencia  
de vidas increíbles, amistoso  
del suelo bruno.

Tengo bastante con un nombre. Apenas  
necesito una voz donde apoyarme.  
Difúndanme en las tardes serenísimas  
que tanto quise.

Y déjenme perdidamente solo.  
Salobre fué mi mar. Haya en las olas  
breve temblor. Que sobre mí se cierren  
las lentas aguas.

# L I R A S

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO.

La hoja de más vuelo,  
la que tiene confianza con la luna  
y se habla con el cielo,  
sólo guarda en su cuna  
la lumbre de una estrella, sólo de una.

¿Por qué, entonces, mis manos  
deben guardar la luz de todas ellas?  
De tantos gestos vanos  
para ocultar sus huellas  
mis manos mismas lucen como estrellas.

Ya lo sé, Dios del alma,  
que hiciste el mundo sólo para verlo  
derramado en mi palma.  
Me enseñaste a quererlo  
y a conocer que había de perderlo.

Pero me has dado mucho,  
o mi palma es muy niña para tanto.

La música que escucho,  
el dulcísimo canto,  
me llena de pavor y de quebranto.  
¿Para qué nubes rosas  
cuando en ninguna sé apoyar la frente?  
¿Corrientes rumorosas,  
cuando yo, lentamente,  
camino al mismo fin que la corriente?

El cielo está muy grande,  
la tierra está muy dura y muy caída.  
Por el aire se expande  
una brisa aterida,  
mientras yo me sonrío ante mi herida.

(Era el último guiño  
de una clara luciérnaga encerrada  
en el puño de un niño.  
Ella se hundió en la nada,  
y el niño vió su sangre iluminada.)

En el mar y en el pecho  
una ola acompaña a la otra ola.  
¿Dios mío, por qué has hecho  
que mi alma quede sola,  
con un pétalo impar en su corola?

# INMOVILIDAD

PABLO GRINBLAT.

Por mis helados reinos, sin estíos,  
amor muerto de frío,  
muriendo entre el color de hojas recientes,  
en la estación ferviente.  
Como asombroso enero  
que pasase de largo junto al hielo  
de una isla de invierno,  
inconmovible en el verano pleno.  
Llevando mis ciudades y mis ríos,  
y mi interior marino,  
voy creciendo sin duda, hacia el olvido.

# LA MUERTE

ROBERTO PAINE.

Alguien cruzó con voz desesperada  
morados gritos, señalando el agua.  
Toda la noche, por el río, lámparas.  
Pero la muerte estaba en las montañas.

Se tejieron entonces las guirnaldas.  
Otro subió corriendo a las campanas.  
¡Todo el pueblo a la fiesta de las lágrimas!  
Pero la muerte estaba en las montañas.

La Madre fué avanzando, funeraria,  
fecunda de dolor, hermosa estatua.  
El coro la esperó sobre la playa.  
Pero la muerte estaba en las montañas.

Pero la muerte estaba en las montañas,  
detrás del río, entre las nieves altas.  
Y del río salió, por la mañana,  
la que cayera en él, la falsa ahogada.

# THE SPRING

EZRA POUND.

Cydonian Spring with her attendant train,  
Maelids and water-girls,  
Stepping beneath a boisterous wind from Thrace,  
Throughout this sylvan place  
Spreads the bright tips,  
And every vine-stock is  
Clad in new brillancies.

And wild desire  
Falls like black lightning.  
O bewildered heart,  
Though every branch have back what last year lost,  
She, who moved here among the cyclamen,  
Moves only now a clinging tenuous ghost.

# LA PRIMAVERA

*Traducción de J. R. W.*

La Primavera Cidonia con su cortejo,  
ninfas del bosque y del agua,  
marchando bajo un viento tumultuoso de Tracia,  
a lo largo de este lugar silvestre  
extiende los brillantes dedos,  
y cada cepa es cubierta  
de nuevos esplendores.

Y el deseo insensato  
como un negro relámpago cae.  
Oh corazón asombrado,  
aunque cada rama recobre lo que perdió hace un año,  
Ella, que aquí pasaba entre los ciclámenes,  
pasa tan sólo ahora como una tenue sombra suspensa.

# HOJAS SECAS

## LA RAMA CIEGA: BERNARDO CANAL FEIJÓO.

Los poemas de este libro se dividen en tres clases: los narrativos, los líricos y los del tipo copla.

Los primeros describen, uno el casamiento de un personaje histórico, y otro el final de un general retirado. En ellos sigue el autor un proceso doble: condensar una historia larga en la enumeración de sus elementos característicos (costumbres de los protagonistas, descripción de los lugares que habitan):

*y de mujeres que se vienen con los pechos en brazos  
y de mujeres que se van, tiasas sobre el galope de sus  
caderas en dos tiempos.* [Pág. 41]

y luego el camino inverso, intercalar entre esos rasgos pensamientos filosóficos propios.

*...el amor es encierro  
su forma es caverna compartida (salvo el caso desconcertante de los gemelos,  
que ya es cosa distinta) ...* [Pág. 40]

Este fragmento dará una idea del conjunto:

*Y ella ante él, y él ante ella, y el lecho único ante ellos.  
Sabén ya una fortuna de botones y broches y alfileres  
los dedos romos y atolondrados,  
y ya cuentan el último,  
¡cuando... baja el telón!  
(¿Qué aconteció allá adentro?  
¿Probó el amor su largo en su hondura precisa?  
¿Qué carie vió en el diente? ...).* [Pág. 37]

Las coplas representan una connotación especial de Canal Feijóo para poder recordar pensamientos aislados sin que nadie más se llegue a enterar de ellos:

*Que todo aquel que crece o sube  
del aletaza de su llama  
quiere un no-término de nube  
para estatura de lo que ama. [Pág. 26]*

Los poemas líricos y abstractos, la parte más seria del libro son el exponente de los estados introspectivos del autor.

Hay aparentes alardes de técnica, como en una composición de veintiséis versos donde todos terminan con las palabras "el mar"; o en otra, de la misma longitud, en la cual cada línea es una comparación aislada de algo que no se llega a nombrar. Pero como todos los versos, separados o juntos, o cambiados de orden, no consiguen significar nada, el montón de palabras queda estérilmente en ruinas.

Por otra parte, las expresiones del autor son como ésta, que elijo al azar (se refiere a la búsqueda de sí mismo):

*con el vuelo suspenso de la planta  
que arboresce su sueño inmanumiso. [Pág. 10]*

lo cual podría ser una hermosa metáfora, pero al ser dicha de la manera más absurda, no es nada.

Defectos de enunciación como el citado hacen imposible, con su abundancia, la lectura de este libro.

J. R. WILCOCK.

## PERSUASIÓN DE LOS DÍAS: OLIVERIO GIRONDO.

Cuando se termina de leer este libro uno se pregunta qué puede representar dentro de la poesía moderna.

Pienso que la modalidad en que está escrito constituye una especie de literatura aparte por sus características bien definidas.

Ella está actualmente agotada como ocurre en general con todas las innovaciones exageradas que surgen en los momentos de transición.

El mayor desastre que esta modalidad ha causado, es el haber permitido mediante su facilidad que cientos de personas escribieran, inundando las ciudades de libros terribles.

Su inconsistencia reside ante todo en la parte técnica donde la monotonía

de la construcción la asemeja a uno de esos interminables cantos árabes que se oyen por radio.

Luego, abandonados los grandes temas, esta suerte de poesía se vuelve un análisis de la propia persona demasiado minucioso y exacto como para poder ser poético. Cualquier reunión de palabras sin significado o con significado, cualquier descripción de sensaciones personales de una intimidad ridícula y desagradable no pueden ser la poesía. Aunque se adornen a veces con nieblas de misterio perfectamente aburridas o con giros de tono licencioso igualmente ineficaces.

Por eso resulta incomprensible un libro como "Persuasión de los días".

En él encontramos un pensamiento hondo, pero lo que no encontramos por ninguna parte es la poesía, la poesía verdadera.

La inteligencia evidente del autor debió comprender que ella había de perderse en

*Este clima de asfixia que impregna los pulmones  
de una anhelante angustia de pez recién pescado.  
Este hedor adhesivo y errabundo,  
que intoxica la vida  
y nos hunde en viscosas pesadillas de lodo.  
Este miasma corrupto  
que insufla en nuestros poros  
apetencias de pulpo,  
deseos de vinchuca,  
no surge,  
ni ha surgido  
de estos conglomerados de sucia hemoglobina  
cal viva,  
soda cáustica  
hidrógeno,* [Pág. 13]

O cuando dice:

*No tan sólo tus manos son un puro milagro.  
Un traspies,  
un olvido,  
y acaso fueras mosca,  
lechuga,  
cocodrilo.* [Pág. 90]

en la locura de los títulos: Ejecutoria del miasma, Es la baba, Rata-sirena-fáustica, Invitación al vómito, Nubífero anhelo, Dicotomía incruenta, Dietética, etc., etc., y en trozos como éste:

*Las polillas voraces de expediente cocido,  
disfrazadas de buena,  
de tapir con mochila.  
Las techumbres que emigran en oscuras bandadas.  
Las ventanas que escupen dentaduras de piano,  
cacerolas,  
espejos,  
piernas carbonizadas.* [Pág. 158]

Y lo más triste es que este tipo de poesía es todavía capaz de confundir ciertos espíritus débiles y desprevenidos. No ciertamente al autor que perfectamente consciente escribe en las primeras páginas del libro:

*Aquí estoy.  
¡Azotadme!  
Merezco que me azoten.*

ANA MARÍA CHOUHY AGUIRRE

# VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

5

JULIO 1943 - BUENOS AIRES

# VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

DIRIGIDA POR  
ANA MARIA CHOUHY AGUIRRE  
Y  
JUAN RODOLFO WILCOCK

5

JULIO 1943 - BUENOS AIRES

## LOS POETAS

CARLOS ALBERTO ALVAREZ nació en La Plata en 1917. Es profesor de Literatura y Castellano en Paraná, donde reside. Prepara un libro de poemas.

JULIO CÉSAR AVANZA nació en Buenos Aires en 1915. Vive en Bahía Blanca. Publicó en 1941 *La soledad invitada*.

ANTONIO PUGA SABATÉ nació en Bahía Blanca en 1910. Es periodista.

ANTONIO ESTEBAN AGÜERO nació en San Luis en 1917. Es maestro. Ha publicado *Poemas lugareños*, 1937; *Romancero aldeano*, 1938 y *Pastorales*, 1939.

JUAN ENRIQUE ACUÑA nació en Posadas (Misiones) en 1915. Estudia el profesorado en letras. Publicó en 1939 *La ciudad sangrante*.

FRANCISCO TOMAT GUIDO nació en 1922. Vive en 25 de Mayo. En 1942 publicó *Canción celeste*. Prepara un libro de poemas.

JUAN G. FERREYRA BASSO nació en Alberti (Prov. Buenos Aires) en 1910. Vive en Coronel Mom. Ha publicado en 1940, *Rosa de arcilla*; en 1942, *La soledad poblada*.

HORACIO CABRAL MAGNASCO nació en Río Cuarto (Prov. de Córdoba) en 1918. Estudia abogacía. En 1942 publicó *La estación florida*. Ya tiene terminado otro libro de poemas, *La tierra y el designio*.

RAÚL AMARAL nació en La Plata en 1918. Ha publicado *Plegarias de Silencio* (1941) y *Sonetos del Fortín* (1942).

# ODA DE LA SOLEDAD

CARLOS ALBERTO ALVAREZ.

Entre las hondas hojas, olvidado  
del verde alrededor de mi persona,  
me aclaro con la sombra de su lado,

mientras en el follaje se arrincona  
la sombra y la calandria dibujada  
más que en la pluma en la canción que entona.

Y oculto como el ave ensimismada  
vivo feliz bajo la rama oscura  
donde estará la flor a la alborada.

Gimo de amor y de palabra pura  
y festejo la flor que en mí se queda  
cuando la fresca sombra se apresura.

Oh, antiguo corazón de la arboleda,  
hermano del que vive suspendido  
de una ilusión y una calandria leda,

y se entrega a la sombra y al olvido  
como al río que mira en vida lenta  
con su color a su silencio unido.

Toda esta paz, descanso en la tormenta,  
llega por esa ausente milagrosa  
que gobierna mi vida, sin que sienta

su modo de no ser de mariposa,  
su vida de color que el aire mece  
igual a leve y peregrina rosa.

Recién se puede ver cómo florece  
en una soledad resplandeciente  
el amor que a la sombra se parece.

Poco queda del día y del presente  
para el que distraído en olvidanza  
lleva en el corazón toda su mente

y añora, destronada, la esperanza  
que abandonó la tarde que a la muerte  
se vino sin apuro y sin tardanza.

Al recurrir al cielo para verte  
en la senda me encuentro con la estrella  
porque es volar la forma de quererte,

y llega al cielo la fragante huella  
de tu paso de fábula encendida,  
al cielo de mi muerte y de tu vida,  
al cielo de la pluma y de la estrella.

## C A N C I O N

Allá, en la flor lila  
del jacarandá,  
abre sus ojos lentos  
mi soledad.

La brisa va a las flores  
para mirar  
dónde tiene cariño  
mi soledad.

Y como estoy tan solo,  
la eternidad  
se lo pasa mirando  
mi soledad.

# P O E M A

JULIO CÉSAR AVANZA.

Cierta dura flor, cierto aire duradero  
donde no cabe su gracia,  
donde no cabe acaso  
su amorosa raíz que se desata en sueños.

Donde no le llaman,  
donde a su nombre verdadero  
él no acude tampoco ni responde.

Cierta ciega costumbre de antigua persistencia,  
cierto dibujo del tiempo donde la muerte acecha  
y un rumor delicado  
vierte en las venas su corrompida espuma.

Cierto lugar donde la tierra cumple  
su cifra de exterminio repetida en el polvo.  
Cierta dura flor...

Cierta criatura amarga y sometida,  
cierto paisaje lento que llevan ramas verdes  
donde la voz se queda en la vuelta del aire.  
Donde no le llaman.  
Donde a su nombre verdadero  
él no acuda tampoco ni responda.

# LA HERMOSA LUCIDEZ

JUAN ENRIQUE ACUÑA.

Tanta demora en mi secreta hondura,  
tanta pasión doblada, dulcemente  
sufrida, brizna siempre doliente  
entre el verdor salvaje, y tan segura.

Iba, canto en el agua, entre los rojos  
desgarramientos de la tierra, hundida  
en lo más simple, en lo profundo ardida,  
vuelta hacia el llanto de mis propios ojos.

Iba junto a los hombres, ah, sabiendo  
que sus cuerpos bajaban por el río  
yertos, limpios, maduros, y que el mío  
en la orilla temblaba, vivo, ardiendo.

Aun lejos de su muerte les cantaba  
—¡oh, cintura de polcas en mi canto!—,

y su piel de tabaco, en el espanto,  
con luminosa exactitud brillaba.

Yo cantaba su huída por la noche,  
la bruma de sus ojos desolados,  
el ramaje sangrante, los mellados  
y cálidos machetes, y el derroche

criminal de su sangre cuando apenas  
era un pájaro turbio su alegría;  
o esa lenta locura en la almadía,  
con las carnes deshechas y las venas,

disueltos para siempre, como blancas  
y flotantes raíces, sin destino  
ni memoria terrestre, remolino  
solitario entre inmóviles barrancas.

Pasaban los cadáveres lejanos  
poblando el agua de eternidad, y era  
la noche recostada en la ribera  
lánguida piel de amor entre mis manos.

¡Qué cerca de su sueño esta demora!  
Creciendo hacia el dolor, como sus claras  
carnes deshechas sobre las tacuaras,  
voy en lenta deriva hacia la aurora,

disgregado, sin tiempo ya ni orillas.  
Y me invaden los árboles, los yuyos  
colorados de polvo, los cocuyos  
flotando en el calor, las maravillas

de los tibios insectos, el profundo  
corazón de la selva, la ternura  
milagrosa del agua en la espesura,  
toda esta firme eternidad del mundo.

Y va la noche por la oscura alfombra  
de la selva sin fin, sobre la tierra  
dormida en el remanso que la encierra.  
Y va mi hermosa lucidez sin sombra

soñando, con la sangre en la garganta  
turbia de amor y polcas, al lejano  
ensueño de los cerros que el verano  
con su letargo tropical quebranta.

Y me miro las manos, vivas, rojas,  
llenas de polvo de esta tierra mía,  
segura y dulce porque la Alegría  
ya canta bajo el sol, entre las hojas.

# S O N E T O

JUAN ENRIQUE ACUÑA.

Ya pulida de amor, la flor ansiada  
su gracia levantó tan dulcemente  
que al pasar de mis labios a tu frente  
en medio se detuvo, descansada.

No la viste asomar, abandonada  
al calor de mi empuje solamente.  
No la viste quedarse, pura, ardiente,  
sobre tu piel de limpia enamorada.

No la vieron tus ojos, ni tus manos  
le ayudaron a ser tan florecida.  
Ni mis ojos la vieron, ni mis manos

la sacaron de adentro tan pulida.  
Era eterna del aire y la ternura  
confundía en su luz nuestra hermosura.

# C A M I N O S

*ANTONIO ESTEBAN AGÜERO.*

Tiendo mi sangre, hago con mi sangre sendero  
para que no camines por el sol de verano;  
no pesas nada, nada, tan liviano y ligero  
es tu andar como el peso de la luz en la mano.

No me haces mal, no temas; descálzate primero;  
mi sangre es fresca, tiene un frescor de manzano,  
un color de amapola y estival guindalero,  
y un noble olor a vida, ese olor soberano.

Pisa mi sangre, hazte con mi sangre camino,  
anda por ella, sube por ella a la colina  
entre el ocaso viendo si la noche se alza.

Y ha de ser un suceso sin igual, peregrino,  
digno de andar países sobre una golondrina,  
el verte por mi sangre caminando descalza.

# S O M B R A

ANTONIO PUGA SABATÉ.

Para que ruede lejos  
para que se sumerja con la voz despedida  
sin descanso ni odio  
como una extraña esfera.

Naciendo entre la muerte de los cobres de otoño  
renaciendo en el sueño, decreciendo remota.

Así por mis comarcas  
por mis viejos países derrotados  
lenta de movimiento  
como una desahuciada distancia del sonido.

Yo la veo surgir  
yo contemplo su rostro  
y pregunto la nueva desesperada ruta.

Oh despiadada curva.

Sus jardines se pueblan de sonrisas y sueños  
su presencia me invade como una muerte mía.

# LA CIUDAD Y SU ACENTO

ANTONIO PUGA SABATÉ.

Una ola al final  
surgiendo del pasado,  
el humo del sonido o del sueño  
construyendo, agitando  
una mano que inicia su dibujo de sal.

Centro de multitudes, corazón de la arena  
con un grueso alarido, su matiz,  
la azucena cortada,  
el camino del bosque y una hoja  
un rostro diminuto  
asomado al partir, alucinado.

Una línea sutil, un llamado  
el llanto de una ola que llega desde el sueño  
algo tremendo y sordo  
que a la ciudad combate desde el mar  
que sus húmedas casas acongoja  
por su verdad, su presencia de barro,  
habita y enmudece, une y desata.

Cuando en la vieja calle  
donde las sombras y la sangre viven,  
cuando pasan al cabo las horas y los sones,  
los pasos se desploman,  
crece la piedra en aire,  
sus palabras se escuchan  
su acento se detiene, poblando, alimentando  
y un ritmo se formula iluminado.

Sus ojos se encaminan hacia un mundo de flechas  
a una sonora y libre comarca,  
a una llanura vegetal y distante  
donde el viento discurre y las aguas reviven.

Su ser en carne y sueño  
nada en el tiempo habita,  
como un paso en la arena o una palabra herida  
y su sombra se tiende desde ahora  
sobre un limo de alma en esta playa sola.

# SONETO

JUAN G. FERREYRA BASSO.

Perseguida por veste y cabellera  
huyes, grácil gacela o tierno trigo.  
A son de cuerno y flauta mañanera  
cruzo este verde campo y te persigo.

Quiero la soledad de esta pradera  
o su nube fugaz para testigo  
que de tu doncelléz y tu bandera  
su enamorado soy y su enemigo.

La paloma en la diestra, el ojo alerta  
llega un ángel terrestre y marinero  
para ver si te quiero o no te quiero.

Acorta el paso ya, oye mi oferta  
oh vara virginal. (En tanto verde  
ya fulgura la rosa, ya se pierde).

# S O N E T O

FRANCISCO TOMAT GUIDO.

Esta voz que me vela sin segundo  
sobre el lirio virtual de su blancura,  
lleva el canto de amor a la espesura  
de mi labio caído en el trasmundo.

Cruza el campo celeste en lo profundo  
del adiós sin ventanas, ni premura  
y es su prado desnudo el que me augura  
el perfil de mis pájaros sin mundo.

Inclinado en su boca, entre la nieve  
de su piel vegetal, la hierba hiendo  
por la ruta floral de un sueño leve.

Y su suelta sirena, desvelada,  
enrojece al aliento que no entiendo  
porque hiere al amor y queda helada.

# ALBA VIRGEN EN EL AMOR DE ANTAÑO

FRANCISCO TOMAT GUIDO.

Figura entre los aires llegando al infinito  
abismo de los juncos del corazón liviano,  
con un eterno llanto de pétalos heridos  
y un prado de recuerdo para los desagravios.

Fué apenas el deslinde de la mano segura  
sin litoral ni límite llamando a las cenizas  
y me quedó la arteria de un corazón infante  
muriendo entre las alas de espuma sin caricia.

Qué amarga me pareces, floral llovizna niña,  
ungida entre mis manos, anónima y reciente;  
dispersa en las jornadas de un mapa sin sustancia  
con rumbos sigilosos de aniversarios verdes.

La orientación del alba se amustia en mis cabellos  
como una amante virgen cedida al sueño manso  
y aquella madre selva perenne de reflejos  
es puente donde queda la luz de antiguos pasos.

Ha cambiado la línea preliminar del tiempo  
junto a la soledad cautiva de tus ángeles.  
Por fugaces ventanas las risas y los trinos  
sostienen la pradera de jóvenes rosales.

Quizá el heno inútil de la vida florezca  
entonces en las trenzas de aquel amor distante.

# ESTAMPA DE LA HUMILDAD AGRICOLA

RAÚL AMARAL.

Acechadla en penumbras y en pólen diluído  
por solares de muda clorófila y espigas,  
que está su sien perfecta desmigajando nieblas  
y el sembrador ansía su paz de casuarinas.  
Los nervios insinúan la búsqueda impaciente.  
Rebrotan superficies de sal junto a la piedra.  
El mapa desvanece sus órbitas lacustres  
y el aire ya apresura su imagen verdadera.  
Despojados los muros, ceñida a sus estambres,  
refúgiase en celestes esquinas de ternura.  
Presentimos su múltiple idioma de cereales  
si crecen a su amparo las márgenes fecundas.  
Procuradnos la clave fundamental del leño.  
Habladnos de su agreste corona en centenarios:  
Fortaleza de asiduas pasiones memorables  
con sus novias de malva latiendo sobre el campo.

Nos reconcilia el mismo sudor, la misma siembra,  
la misteriosa espalda surcada de terrones;  
destrenzamos el claro nivel en las faenas  
y continúa el férreo cansancio de los pobres.  
Habitamos la hectárea de la orfandad poblada  
con sus ecos agrarios, sus hambres, sus vertientes.  
¡Qué ceniza de lluvia para la mies paterna!  
¡Qué dócil la alameda de cruces y su vértice!  
Del girasol se escuchan congojas singulares.  
Subterráneas alianzas de tiempo nos presionan.  
Nuestra labor de antaño reclámanos al día  
y el júbilo despierta sus láminas sonoras.  
Por sus flancos desborda la grávida semilla.  
Breve oración de granos desvíase entre juncos  
la mujer nos recobra sus índices de aceite  
y el cielo inmortaliza su senda sin escudo.

En ciudades de embrujo y honrosa persistencia,  
en región de cuarteles partimos hacia el alba.  
Territorio de heridas forjadas para el hombre.  
Oh, destino del germen en patria de labranza!

# SINFONIA TERRESTRE

HORACIO CABRAL MAGNASCO.

*Sobre la tierra amarga  
camino tiene el sueño  
laberínticos...*

ANTONIO MACHADO

Que el tono de mi voz, se sumerja  
en tu acento y en el hondo latido de la angustia.  
Y que en la tarde abarrotada en sol  
—donde el amor y el odio se confunden  
y hay persistente ansiedad de placeres remotos—  
niegues la suprema erección de los cauces,  
doblegados al ímpetu del agua solitaria  
—Tú, la más solitaria, la más amarga, acaso—.

Porque el tiempo se arrepiente  
de la verdad precisa,  
y un extraño rumor a eternidad dejada en prenda  
debatirá su fáustica agonía  
que escapa a la fina sutileza nocturna.

Has de acudir al intenso llamado de la tierra  
que abre la húmeda ofrenda de su vientre  
y remata en la lágrima, segura del designio.  
Has de triunfar —tú, amarga solitaria—  
y en el plumaje primitivo del ave  
tatuarás la sombra imperceptible del arbusto,  
la inclinación del sauce sobre el agua tendida,  
o el verde gigantesco  
bebiendo cielos y distancias en la pampa.

Yo comparo tu ausencia al vuelo sin nostalgia  
sobre la ebriedad del mar.

Tu segura promoción a la muerte  
es para el aire un rumbo impuesto por la nube,  
cuando afinas la vista de tu propia inquietud  
y derrumbas la columna que alzaron  
los que dejan un recuerdo de piedra.

Buscarás el equilibrio de la estrella  
y en él el fin y el principio de tu vida,  
y en él la ruta y el camino sin broza,

y en él el abrigo y el encuentro  
que ansía desdoblar el futuro,  
pues la tierra se torna cada día más íntima.

Y de tu nombre, musical siempre viva  
de sueños fatigados, habrá una entrega de crepúsculo  
entre un leve silencio y amapolas derraídas.

Y de tu mano, hoy incolora como el próximo cielo,  
se verá la total plenitud de tu cuerpo,  
nacerá la restitución del azul moribundo.

# L O S        L I B R O S

## ENUMERACIÓN DE LA PATRIA: SILVINA OCAMPO.

PREMIO MUNICIPAL 1942

Un libro escrito por una mujer, en nuestro ambiente, y que no resulte un "abanico de emociones", siempre sorprende un poco.

Sin embargo ni la inteligencia, ni la cultura bastan para producir poemas hermosos.

Es lo que ocurre con "Enumeración de la patria".

Ausente en estos versos el sentido o mejor dicho el sentimiento de lo poético, todos sus elementos se acumulan en desorden.

Queda entonces un resto tremendamente recargado de literatura que unido a la forma de una simplicidad artificiosa, ahoga totalmente versos que pudieron haber tenido cierto valor.

El abuso de nombres y temas exóticos es inexplicable en Silvina Ocampo, no sólo porque la mayoría de ellos no han sido tratados en forma interesante, sino porque el espíritu de la autora parece expresarse mejor en la única parte del libro en que deshecha todas esas vestiduras del pasado.

Desdichadamente a lo largo de casi toda la obra el lector se siente abrumado por esta curiosa predilección que recuerda aquella terrible "Fiesta Popular de Ultratumba" de Herrera y Reissig.

Por ejemplo en varios de los ocho poemas que dan título al libro anotamos entre otros, los siguientes nombres:

Duque de Wu, Mahmud de Gasni, Murasaki Shikibu, De Quincey, Chopin, Ravel, Schumann, Lohengrin, Leda, etc., los cuales al pasar por lugares como Puente Alsina y Parque Lezama, convierten el violentísimo territorio de la patria en escenario de un absurdo ballet que se representara con telones cambiados.

Tal la impresión que produce "Enumeración de la patria".

Pero quiero hacer una excepción con "Los sonetos del jardín", pues a pesar de parecerme lo más imperfecto del libro desde el punto de vista técnico,

tiene por el encanto de su tema (ese balcón donde se reclina una suave figura, esa niña triste abandonada entre espejos, esa lencería tranquila y perfumada, esos ropajes lila flotantes en la tarde) el valor de representar un mundo humano y delicado desde el cual Silvina Ocampo debiera edificar su obra futura.

ANA MARÍA CHOUHY AGUIRRE.

## LA COLUMNA Y EL VIENTO: VICENTE BARBIERI.

PREMIO MUNICIPAL 1942

Todo el espíritu poético de Vicente Barbieri como una flor durante mucho tiempo entre piedras, envuelta en la misma greda que a veces asoma a sus labios, aparece más y más en este último libro suyo, este cofre velado y confuso que deslumbra con resplandores súbitos.

En este delicado universo, son evidentes su seriedad y la profundidad con que las ideas expresadas viven dentro de su alma:

*Oh, yo sé que ya nada, nada sobre este mundo,  
nada sobre la nube, nada sobre el empeño,  
podrá apagar el eco del sollozo profundo  
que deslía en estrellas tu sumergido ensueño.*

Cuanto hay en el libro parece visto a través de una reja donde el hierro forma dibujos raros. En ciertos lugares no se distingue nada, en otros se entrevé un patio lleno de recuerdos y de flores.

*Y grandes tulípanes callados en las sombras,  
la gran campana quieta, y el jardín clausurado.*

Otras veces es un dolor contemporáneo que reproduce su dolor en los sonidos. A lo largo del libro, encontramos siempre la misma persona, una persona diferente a las demás, y cuya existencia nos produce un suave placer.

Las ideas que expone Vicente Barbieri aparecen con una definitiva madurez artística; no es así definitiva su expresión, a menudo oscura y particular. También son bastante desarticuladas la arquitectura y la línea conductora

de los poemas. Hay en determinados momentos aglomeración de cosas que son por suerte muy lindas pero que no se coordinan, y en otros algunos errores de construcción.

Pero la impresión que produce el libro es muy buena, porque con él hemos aumentado en algo nuestro espíritu. Como toda obra de arte verdadera, nos deja imágenes capaces de existir con más fuerza que las reales. Por ejemplo, la admirable entrada de La Locura en El Alfarero; y en la Columna de Humo:

*el caer de los pétalos  
al agua de las tardes  
y el acorde que muere  
en el silencio grave.*

.....

*Y oyó el grito de Saulo  
en el interrumpido  
camino de Damasco,  
y ornado de luciérnagas  
vió el madero sagrado.*

.....

*Y vió pasar de pronto  
bajo sus alas negras  
de acero y de ceniza  
el ángel del Omega.*

Y esta otra figura perdurable:

*Bailan tus infantinas entre risas y encajes,  
entre blancos saludos y albas melancolías,  
mientras retrata el lago despedidas y viajes  
con parques invernales y escalinatas frías.*

Repetimos, finalmente, que este volumen marca un ascenso repentino y rápido dentro de la obra poética de Vicente Barbieri.

J. R. WILCOCK.